

Domingo 2 junio 2024

El Evangelio del Domingo del Cuerpo y la Sangre de Cristo B

Mc 14,12-16.22-26

Cristo, nuestra Pascua

El Evangelio de este domingo, en que la Iglesia en Chile celebra la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, comienza con una pregunta que hacen a Jesús sus discípulos: «El primer día de los ácidos, cuando se sacrificaba la Pascua, le dicen sus discípulos: “¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la Pascua?”».

En esas breves palabras está todo dicho sobre la Pascua judía. En efecto, el primer día de los panes ácidos –pan sin levadura– era el día catorce –sábado y día de luna llena– del primer mes del año del calendario litúrgico judío; se debía comer ese pan durante los siete días siguientes. Ese primer día debía sacrificarse un cordero –macho, de un año, sin defecto– y hacerlo en memoria de la liberación de los judíos de la esclavitud de Egipto, por la mano poderosa de Dios. Cuando Dios, por medio de Moisés, prescribió ese sacrificio, agregó: «Es la Pascua del Señor» (Ex 12,11). Por eso, el evangelista dice: «Se sacrificaba la Pascua». La Pascua era un sacrificio de comunión, es decir, el cordero sacrificado y ofrecido a Dios, debía ser comido. Por eso, el Evangelio dice: «Para que comas la Pascua». Debía ser comido, de manera tal, que no sobrara nada para el día siguiente. Estaba prescrito que, si los miembros de una familia eran pocos para comerlo entero, debían reunirse con la familia vecina. No lo podía comer Jesús solo. Pero los discípulos no osan formular la pregunta usando la primera persona plural: «Para que comamos la Pascua». Esa expresión la usará, en cambio, Jesús mismo.

De todos esos preparativos para la Pascua judía, que se disponían a celebrar, lo más importante era procurarse el cordero para el sacrificio –con las características dichas– y el lugar donde reunirse a comerlo, considerando que Jesús y sus discípulos no eran de Jerusalén sino de Galilea. Esto es lo que querían preparar los discípulos. Pero se encuentran con que Jesús lo tenía todo preparado. Por medio de un signo –el hombre con un cántaro de agua– los dirige al lugar y allí tienen que preguntar: «"¿Dónde está mi sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?"». Él les mostrará en el piso superior una sala grande, ya dispuesta y preparada». Jesús aclara que esa Pascua –la única de su vida pública que nos reporta Marcos– la comerá «con sus discípulos». Y

agrega: «Preparen allí para nosotros». Es la única vez en el Evangelio en que Jesús usa el pronombre personal «nosotros» para incluir a sus discípulos. Sólo usa ese pronombre para incluir a Dios su Padre: «Que sean uno, como nosotros somos uno» (Jn 17,21.22). El uso de ese pronombre en el contexto de esta cena pascual con sus discípulos revela la importancia que Jesús le concede; será el momento en que Él, que es uno con su Padre, se hará uno con ellos. El evangelista insiste: «Al atardecer, llega Él con los Doce».

Hasta aquí los discípulos no sospechan que, en esa celebración de la Pascua judía, Jesús instituirá la Pascua cristiana, «nuestra Pascua». Marcos lo relata de manera muy resumida, porque en el momento en que él escribió su Evangelio ya se celebraba de manera habitual lo que Jesús hizo esa noche: «Mientras comían, (Jesús) tomó un pan, bendiciéndolo lo partió y lo dio a ellos y dijo: "Tomen, esto es mi cuerpo". Y, tomando un cáliz, dando gracias lo dio a ellos y bebieron de él todos. Y dijo a ellos: "Esto es mi sangre de la Alianza, la que es derramada por muchos"».

Vemos que en este relato de Marcos se usan los adjetivos «todos» y «muchos» (En el relato paralelo de Mateo el mismo Jesús usa ambos adjetivos: «Beban de ella todos... mi sangre derramada por muchos», cf. Mt 26,27.28). Pero tienen distinta extensión: «todos» pueden ser pocos y, en este caso, son solamente Doce; «muchos», en cambio, no pueden ser pocos y, en este caso, es toda la humanidad. El sacrificio de Cristo se ofreció por ¡muchos!.

La Pascua judía, según el mandato de Dios, debía celebrarse «en memoria» de la liberación de la esclavitud de Egipto y de los hechos maravillosos de Dios en favor de su pueblo: «Este será un día "memorial" para ustedes, y lo celebrarán como fiesta en honor del Señor de generación en generación» (Ex 12,14). Esos hechos de salvación se relataban durante esa cena. Decíamos que Marcos resume, porque lo que Jesús hizo esa noche era ya conocido por los cristianos. Pero en el relato de San Pablo en su primera carta a los Corintios, que es varios años anterior al Evangelio de Marcos, el apóstol nos transmite un mandato de Jesús que Él pronuncia tanto en la conversión del pan en su Cuerpo, como en la conversión del vino en su Sangre: «Hagan esto en memoria mía» (cf. 1Cor 11,24.25). Con estas palabras Jesús instituyó la Pascua cristiana, que se hace «en memoria» suya, en la cual el Cordero de Dios es Él mismo ofrecido en sacrificio en la cruz y la liberación es

de un mal infinitamente mayor que la esclavitud de Egipto; es la liberación del pecado y de la muerte.

La Pascua cristiana es Cristo mismo; el Cordero Pascual que comemos es Él mismo y, mientras los judíos tenían prohibido beber la sangre del cordero inmolado, a nosotros Jesús nos manda respecto del cáliz de su propia Sangre: «Tomen y beban todos de él». Es porque el «Cuerpo y la Sangre» de Cristo son expresión de toda su Persona divina encarnada y, también, porque si la razón por la cual los judíos tenía esa prohibición es porque en la sangre estaba la vida y la disposición de ésta estaba reservada sólo a Dios, en el caso de Cristo, es precisamente su vida la que nos comunica. Podemos entender por qué Jesús declara: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y Yo en él; el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día» (cf. Jn 6,56.54). La comunión con Él es total; es comunión en su misma vida divina. Pero es comunión también con los demás hombres y mujeres, en quienes se cumple el anhelo de Jesús: «Padre, Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectamente uno» (Jn 17,22-23). San Pablo afirma que esa oración de Jesús tiene cumplimiento en la Pascua cristiana: «La copa de bendición que bendicimos ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan» (1Cor 10,16-17).

Ahora podemos entender mejor la afirmación del Catecismo cuando comienza a tratar el más grande de los Sacramentos: «La Eucaristía es fuente y cima de toda la vida cristiana. Los demás Sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, “nuestra Pascua”» (N. 1324). Lo que celebramos cada domingo lo celebramos con mayor conciencia y gratitud en esta Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo emérito de Santa María de los Ángeles